bargo, lejos de cumplir su palabra, procedió aún con más insolencia y descaro que otras veces. Era pues, probable, que obrara así por algún fin particular; porque el gitano, cualesquiera que fuesen sus defectos, no carecía de sensatez, y sabía reportarse cuando le convenía. ¿No era posible que desease tener alguna comunicación con los de su horda, ó quizás con otras personas, y que impidiéndoselo de día la vigilancia de Quintín, hubiese usado de este ardid para que le echasen del convento?

Luégo que esta sospecha se hubo introducido en el espíritu de Quintín, listo como solía ser en todos sus movimientos, resolvió seguir á su azotado guía y enterarse con el mayor secreto posible de lo que pasaría con él. Así, pues, en cuanto el gitano acabó de salir del convento, Quintín explicó en pocas palabras al padre prior la necesidad en que se hallaba de no perder de vista á su guía, y partió como el rayo en busca de él.

CAPÍTULO XVII.

El espía espiado.

> Ah! ¿es ese villano ruin? ¿es ese espía espiado?... Apartad, apartad... gentes tan soeces no son dignos de que pongáis en ellos vuestras manos.
>
> BEN JOHNSON.—*Historia de Robin Flood.*

Cuando Quintín salió del convento, observó de lejos, gracias á la claridad de la luna, que el gitano efectuaba precipitadamente su retirada, atravesando la calle de la aldea con la rapidez de un sabueso que ha probado el látigo, y vióle en seguida entrar en una pradera que se hallaba al extremo de ella.

Mucho corres, amigo mío—pensó Quintín—pero mejores piernas necesitas aún para aventajar á la más ligera planta de cuantas han pisado la yerba de Glen-houlakin.

Como se había quitado, por fortuna, la capa y la armadura, pudo el montañés de Escocia desplegar una agilidad que era sin igual en su país, y que á pesar de la rápida carrera del gitano parecía deberle poner cuanto antes en estado de alcanzarle. No era esto, sin embargo, lo que se proponía, pues Quintín en esta ocasión consideraba mucho más importante descubrir sus proyectos que paralizarlos. Lo que acabó de determinarle á ello fué ver que el gitano continuaba su carrera con celeridad no interrumpida, aún después de cesado el primer impulso que ocasionó su fuga; lo que parecía probar que tenía su dirección un fin más cierto, un objeto enteramente distinto del que hubiera tenido naturalmente un hombre arrojado de un buen alojamiento, á media noche, de improviso,

y sin haber pensado en procurarse otro. Siguióle Quintín sin ser visto, pues el gitano no volvió la cabeza ni una sola vez; pero después de haber atravesado la pradera, hizo alto en un arroyuelo cuyas orillas se veían cubiertas de chopos y sauces, y tocó la corneta, con precaución no obstante, moderando el sonido. Un silbido despedido á corta distancia le correspondió inmediatamente.

Esto es una cita—pensó Quintín—¿cómo podré acercarme lo suficiente para saber de lo que se trata? El ruido de mis pasos y el de las ramas que es preciso separar, me descubrirán si no pongo en ello gran cuidado. Por san Andrés, que he de sorprenderlos, lo propio que si fuesen gansos de Glen-Isla. ¿De qué me serviría sino el haber hecho algunos progresos en el arte de montería? Allí están; son dos: si me descubren y tienen proyectos hostiles, como es de temer, me llevarán ventaja, y entonces la condesa Isabel pierde su humilde defensor. ¡Y bien! no merecería este glorioso título si no me hallase dispuesto á lidiar por ella con una docena de bribones como estos. Después de haber medido mi espada con Dunois, con el mejor caballero de toda la Francia, ¿debo temer una horda de tales vagabundos? Ea, pues, prudencia y valor; y con la ayuda de Dios y de san Andrés, he de hallar la horma de su zapato.

Habiendo tomado esta resolución, usó de una maña que le enseñara el hábito de cazar en los bosques desde su infancia. Entró en el arroyuelo, cuyas aguas variando de profundidad, tan pronto le cubrían apenas los piés, como le subían hasta las rodillas, y fué adelantandose así muy despacito, oculto su cuerpo por entre las ramas de los árboles que formaban una bóveda sobre su cabeza y confundiéndose el ruido de sus pasos con el murmullo del agua. De este modo, en otros tiempos, nos acercamos nosotros mismos algunas veces al nido del cuervo vigilante. Pudo así el joven escocés sin ser visto, llegar bastante inmediato para oir la voz de los dos hombres que eran objeto de su observación, pero no distinguía sus palabras. Hallándose en este momento debajo de un magnífico sauce llorón, cuyas ramas bajaban hasta la superficie del agua, cogió una de las más recias, y empleando al propio tiempo la destreza, la fuerza y la agilidad, izóse en el árbol sin ruido, y se sentó junto al tronco sin temor de ser descubierto.

Vió desde allí que el individuo con quien estaba conyersando Hayraddin era un hombre de su casta; pero notó al mismo tiempo con gran sentimiento suyo, que por más que se acercara á ellos no podría comprender el lenguaje que hablaban, puesto que era completamente desconocido. Reían mucho; y como Hayraddin, que gesticulaba con calor, describió muchas veces un círculo con sus brazos y acabó por rascarse las espaldas, dedujo de aquí que estaba contando la historia de la caza que le habían dado, y de la paliza que recibió en el convento antes de su fuga.

Oyóse de repente otro silbido á alguna distancia. Hayraddin correspondió con su corneta, tocando por el mismo estilo que cuando llegó: y pocos instantes después, compareció en la escena otro personaje. Era un hombre alto, recio, de aspecto militar, y cuyos robustos miembros formaban singular contraste con la escasa estatura y delgadez de los gitanos. Un ancho tahalí, que le cruzaba el hombro, sostenía una espada de desmedido tamaño. Llevaba unos calzones acanalados con muchas borlillas de seda y tafetanes de diversos colores, atacados con quinientas agujetas de cintas, por lo menos, á un jubón de piel de búfalo muy ajustado de cuerpo, en cuya manga derecha se distinguía una plancha de plata en forma de cabeza de jabalí, que era el distintivo del jefe que servía. Aparecía sobre su cabeza un sombrerito muy pequeño puesto de lado, como suelen llevarle los camorristas y valentones, oprimiendo un gran tufo de cabellos crespos, que sombreaban su ancha cara é iban á confundirse con su barba no menos ancha y de unas cuatro pulgadas de largo. Tenía en la mano su larga pica, y todo su equipo indicaba uno de aquellos aventureros alemanes conocidos bajo el nombre de *lansquenetes*, que componían en aquella época una parte considerable de la infantería. Estos mercenarios eran una feroz soldadesca que no pensaban más que en el pillaje, y corría entre ellos un cuento absurdo, á saber, que á un lansquenete se le cerrara la puerta del cielo por razón de sus vicios y no se le quisiera admitir en el infierno por su revoltoso, pendenciero é insubordinado genio; resultando de aquí que obraban como gente que no aspiraba al primero, ni temía al segundo.

—*Donner und blitz!*—fué su primer saludo, hablando en una jerigonza medio francesa, medio alemana, que sólo im-

perfectamente podemos imitar. *¿Por qué afer fato á mí perder tre noche esperrando á ti?*

—Me ha sido imposible acudir antes, *mein herr*—respondió Hayraddin con cierto respeto.—Hay un escocés que tiene la vista tan penetrante como el gato silvestre y está espiando todos mis movimientos; sospecha ya de mí, y si se confirmasen sus recelos, podría yo contarme entre los difuntos, y daría él la vuelta con las mujeres para Francia.

—*¡Was henker!*—dijo el lansquenete:—nosotrros estar tres; attacar mañana, é robar las muquerras sensa más pelillos. Ti afferme dit ser de poltronas dos guardias; ti é lo camarrada coquerlos á ellos, é *der Teufel*, mi chargarmi del gatico silvestre.

—Oh! eso es más fácil decirlo que hacerlo—dijo el gitano—porque á más de no tener nosotros obligación de batirnos, el escocés es un mozo que ha medido valerosamente su acero con el mejor caballero de toda la Francia. Yo sé de unos que le han visto apretar mucho de clavijas nada menos que á Dunois.

—*¡Hagel und sturmwertter!* exclamó el alemán—fostra cobardía, fos fa parlar así.

—No creáis que sea más cobarde que vos—dijo Hayraddin—pero, lo repito, no tengo obligación de batirme, ni este es mi oficio. Si preparáis la emboscada en el punto convenido, nada hay que decir; si no, los guío con seguridad al palacio del Obispo, y Guillermo de la Marck podrá fácilmente apoderarse allí de ellos, como tenga sólo la mitad de la fuerza de que se alababa ocho días hace.

—*¡Pot; Tausend!* Nosotrros estar fortes é más fortes; ma nosotrros entender parlar d' una centenarria de lanzas arrifadas de Borgonia, é á cinco homes pur lanza, pues, son cabalitos cinq centos, é in tal caso, *¡Der Teufel!* voler más ellos que nosotrros las camorras, pues il Pisiopo afer ponas forsas; ho sí, afer ponas forsas.

—Es preciso, pues, atenernos á la emboscada de la cruz de los Tres Reyes, ó renunciar á la aventura—dijo el gitano.

—¡Renonzar á la afentura! ¡non robar una rica heredera pur esser la muquer de nostro nople Capitain! *¡Der Teufel!* Mi ser antes capable d' atacar l' inferno. *¡Meine seele!* Nosotrros ser todos princes é herzogs, que vosotrros llamar ducas, afer una pona casa, forsa dinerro de Francia, é quizá de ponitas demozelas, cando il Parputo afer bastante.

—¿Así pues, subsiste todavía la emboscada de la cruz de los Tres Reyes?—preguntó Hayraddin.

—*Mein Gott!* senza duta. Ti curar de levarlos alá, é cando estar bacados de cabalo é postos de rodillas ante la crux, lo que soler far toto il mundo, esceptados los hicos de los erreques como ti, nosotrros caer sur ellos é las muquerras ser nostras.

—Muy bien! pero yo no prometí encargarme de este negocio por precisión infame, sino bajo una condición: esto es, que al joven no se le toque un pelo de la cabeza. Si me lo juráis por las imágenes de vuestros tres reyes que están en Colonia, yo os juraré también por los Siete Durmientes que he de serviros con lealtad en todo lo demás. Y si no cumplís vuestro juramento, os prevengo que los siete Durmientes vendrán á despertaros siete noches consecutivas antes de amanecer, y á la octava os apretarán el gaznate y os devorarán.

—Pero *¡donner un hagel!* ¿Per qué ti estar tan inquieto por la fida de ese joven? El no ser de fostra sangre ni de fostra nación.

—¿Y qué os importa á vos, honrado Enrique? Hay gente que se divierte cortando cuellos, y otra que tiene gusto en salvar gaznates. Así, pues, juradme que no le costará la vida, ni aun una sola gota de sangre; ó por la brillante estrella Aldebarán, este negocio no pasará más adelante. Jurádmelo por los tres Reyes de Colonia, según soléis llamarlos, pues sé que no hacéis caso de ningún otro juramento.

—Ti estar feritablemente tonto—dijo el alemán.—E pien; pues, mí curar...

—Un momento—gritó Hayraddin—media vuelta á la derecha, buen lansquenete; la cabeza hacia el Oriente, á fin de que los tres Reyes os puedan oir.

El soldado prestó juramento del modo que le prescribió Hayraddin, y dijo en seguida que no dejaría de hallarse en la emboscada, y que el sitio era sumamente á propósito, pues no distaba más que unas cinco millas del lugar donde se encontraban.

—Pero—añadió—per asicurar pen il negozio, mi pensar

confeniente plasar de prafá gente á l' isquerda del mesón, á fin de caer sobre ellos, si ellos afer la fantasía de pasar pur alá.

—No—respondió el gitano después de haber reflexionado un momento—si se viesen soldados por aquella parte podría alarmarse la guarnición de Namur, y exponerse entonces un combate dudoso en vez de un éxito seguro. Por otra parte, seguirán la orilla derecha del Mosa, porque yo puedo guiarlos por donde me dé la gana, atendido que el montañés de Escocia, á pesar de su desconfianza, se pone enteramente en mis manos, y nunca tomó informe de otra persona en lo relativo al camino que debe seguir. Indudablemente, que fué señalado por un amigo seguro, por un hombre de cuya palabra nadie ha desconfiado antes de haber aprendido á conocerle un poco.

—Intertanto, camarrada Hayraddin—dijo el lasquenete—mí haber una pequeña demanda á facerfos; mí non poter concefir como ti é il tu hermano essendo, como pretender de grandes *sternen deuter*, que fosotrros apelar astrólogas, non hafer saputo que dovera esser ahorcado. *Henher!* esto é ben singular.

—Si yo hubiese sabido, Enrique—respondió el gitano—que mi hermano tenía tan poco juicio que fuese á contar al duque Carlos de Borgoña los secretos del rey Luís, hubiera profetizado su muerte con la misma seguridad que profetizaré un hermoso tiempo para el mes de julio. Luís tiene oídos y manos en la corte de Borgoña, y Carlos algunos consejeros para quienes el sonido del oro de Francia es tan agradable como para vos el *glu glu* de una botella.—Pero adios; no faltéis á la cita. Fuerza será que aguarde á mi madrugador escocés al apuntar el día, á un tiro de flecha del convento de esos frailes, sin lo cual sospecharía acaso alguna excursión poco favorable al éxito de su viaje.

—Ti non poter partir senza befer con mí un traco de consolación—dijo el alemán alargándole un botella.—¡Oh pestia de mí! olfidar ti ser pen borrica pur non befer que del agua pura, como un fil vasalo de Mahoma é de Termaganto.

—Tú eres el vil vasallo del vino y de la botella—dijo el gitano.—No me admiro de que hombres sedientos de sangre te confien la ejecución de las violentas medidas que han imaginado cabezas mejores que la tuya. El que quiera penetrar los pensamientos de los demás, ú ocultar los suyos, debe abstenerse del vino. Pero ¿de qué sirve predicarte á ti, que estás siempre seco como los desiertos de la Arabia? Adios, llévate contigo á mi camarada Tuisco, pues el verle por las inmediaciones del convento podría infundir sospechas.

Separáronse entonces los dos ilustres aliados, después de haberse prometido nuevamente no faltar á la cita de la cruz de los Tres Reyes.

Siguióles Durward con la vista hasta que no pudo distinguirlos; después de lo cual bajó del árbol, estremeciéndose su corazón al pensar cuán poco le faltó para que él y las señoras que estaban á su cargo fuesen víctimas de una trama preparada con tal refinamiento de perfidia; y eso aún contando con que le fuese posible frustrarla. Temiendo dar con Hayraddin en su vuelta al convento, hizo un largo rodeo con peligro de perderse por alguna mala senda; y por este medio logró llegar por distinto camino del que tomara al salir.

Andando reflexionó detenidamente en la conducta que debía seguir. Cuando oyó al mismo Hayraddin confesar su traición, había determinado matarle luégo que se terminase la conferencia y estuviesen sus compañeros á una distancia regular; pero al oir el interés que tomaba en salvarle, conoció que sería una ingratitud castigar al malvado con todo el rigor y extensión que merecía su perfidia. Resolvió, pues, perdonarle la vida, y aun continuar, si dable fuese, empleándole como guía, aunque con todas las precauciones necesarias para la seguridad de la hermosa condesa, á quien jurara interiormente sacrificar, si era preciso, su existencia. ¿Qué partido, pues, tomar? Las condesas de Croye no podían refugiarse ni en Borgoña de donde se vieran obligadas á huir, ni en Francia, de donde fueran en algún modo echadas. Acaso era para ellas menos temible la violencia del duque Carlos en sus estados, que la fría y tiránica política de Luís en los suyos. Después de largas meditaciones, no dió Durward en medio mejor que evitar la emboscada, siguiendo la orilla izquierda del río Mosa para pasar á Lieja, donde se pondrían las señoras, con arreglo á su primer plan, bajo la protección del digno obispo. Era imposible dudar que no tuviese este prelado voluntad de protegerlas, y no carecía de fuerza si

efectivamente había recibido las cien lanzas que se decía. En apuradas circunstancias, si pasasen á ser inminentes los peligros á que las expusieran las hostilidades de Guillermo de la Marck y las conmociones populares de Lieja, siempre le sería fácil enviar á las desgraciadas condesas á Alemania con regular escolta.

Finalmente, (pues ¿qué individuo ha terminado jamás una deliberación mental, sin alguna consideración particular?) Quintín pensó que habiéndole condenado el rey Luís á sangre fría ó al cautiverio ó á la muerte, quedaba libre de sus compromisos con la corona de Francia; y, por lo tanto, tomó la firme resolución de renunciar á ellos. El obispo de Lieja probablemente necesitaría soldados, y acaso podría obtener alguna comandancia con la protección de las bellas condesas, que ya en la actualidad, especialmente Amelina, tratábanle con mucha familiaridad. ¿Y quién sabe si se le daría la comisión de acompañar á las señoras de Croye á alguna plaza que les ofreciese mayor seguridad que Lieja y sus alrededores? Estas damas, por otra parte, aunque en cierto modo chanceándose, le habían hablado de armar los vasallos de la condesa Isabel, como lo hicieran muchos señores en aquellos tiempos de desórdenes, y de fortificar su castillo en términos de poder resistir á todo ataque. En tono de broma le habían dicho si quería desempeñar el peligroso empleo de su senescal; y como él se mostrase tan celoso como diligente en aceptar la proposición, permitiéronle besarles las manos en señal de promoción á aquel grado de honor y confianza. Parecióle haber notado también que la mano de la condesa Isabel, una de las más hermosas y delicadas de cuantas hubiesen recibido semejante homenaje de vasallos adictos, tembló en tanto que sus labios descansaban sobre ella un instante más de lo que permitía el ceremonial: y que al retirarla, dieron los ojos y mejillas de la joven no leves señales de turbación. ¿No podía resultar de todo esto alguna cosa favorable para él? ¿Qué hombre esforzado, á la edad de Quintín, no diera algún peso á estas consideraciones para influir en su deliberación?

Decidido este punto, tuvo que reflexionar el modo cómo obraría con respecto al pícaro gitano. Había desechado su primera idea de matarle en el bosque: pero si le dejaba en libertad, tomando otro guía, era lo propio que mandar al

traidor al campo de Guillermo de la Marck, para llevar la noticia de su marcha. Pensó tomar por confidente al padre guardián, y empeñarle á guardar preso al gitano hasta que tuviesen tiempo de llegar á Lieja; pero bien reflexionado, no se determinó á hacer semejante proposición á un hombre que, dejando aparte la timidez que suele infundir una avanzada edad, miraba, á fuer de buen fraile, la seguridad de su convento como el más importante de sus deberes, y temblaba al sólo nombre del Jabalí de las Ardenas.

Adoptó por fin un plan de operaciones sobre el cual creyó poder contar, tanto más cuanto la ejecución dependía de él; y sentíase capaz de todo por la causa que abrazara. Lleno su corazón de osadía y de firmeza, aunque sin disimularse los peligros de su situación, podía compararse Quintín á un hombre que camina cargado con un peso que le agobia, pero que no considera superior á sus fuerzas. Luégo de haberse decidido llegó al convento.

Llamó quedito á la puerta: un fraile que el prior había tenido la atención de destinar para aguardarle, abrió al momento y participóle que todos los religiosos debían pasar la noche en la iglesia hasta rayar el día, para desagraviar á su Divina Majestad por los diversos escándalos que ocurrieron en la comunidad la tarde anterior.

El buen fraile propuso á Quintín que tomara parte en sus devotos ejercicios, pero el joven tenía tan mojadas sus ropas que creyó no deber aceptar la proposición y pidió permiso para ir á sentarse junto al hogar de la cocina, para secarse antes de ponerse en camino. Deseaba, por otra parte, que el gitano cuando volviese á verle no pudiese notar en él cosa alguna que le diera motivo para sospechar su excursión nocturna. El fraile no sólo accedió á sus deseos, sino que aun quiso hacerle compañía; circunstancia que Durward celebró tanto más, cuanto deseaba procurarse algunas noticias relativas á los dos caminos de que hablaron el gitano y el lansquenete.

Cabalmente el fraile, á quien se encargaban muy á menudo los negocios exteriores del convento, era de toda la comunidad el que mejor podía responder á las preguntas que le hizo Quintín sobre el particular; pero observó que, como buenas peregrinas, debían las señoras que acompañaba tomar el ca-

mino de la orilla derecha del Mosa, á fin de pagar el tributo de su devoción á la cruz de los Tres Reyes, donde las santas reliquias de Gaspar, Melchor y Baltasar habían descansado cuando eran trasladados á Colonia, y en cuyo lugar hicieron muchos milagros.

Respondióle Quintín que las devotas señoras estaban deter-

minadas á observar con la mayor puutualidad todas las santas estaciones de peregrinación, y que no dejarían por cierto de visitar la cruz de los Reyes al ir ó al volver de Colonia; pero que habían oído decir que el camino de la orilla derecha del Mosa era poco seguro en aquel entonces, á causa de las frecuentes correrías que hacían en él los soldados del feroz Guillermo de la Marck.

—¡ No permita Dios—dijo el padre Francisco—que el Jabalí de las Ardenas establezca de nuevo su cubil tan cerca de nosotros! Á más de que, aun cuando esto suceda, es el río Mosa bastante ancho para servir de excelente barrera entre él y nosotros.

—Pero no levantará barrera alguna entre esas señoras y el desalmado bandido—respondió Quintín—si le atravesamos para coger el camino de la orilla derecha.

—El cielo tendrá buen cuidado de proteger á los suyos, joven—replicó el fraile.—No es creíble quo los tres Reyes de la dichosa ciudad de Colonia, que no permiten entrar en su recinto ningún hereje ni judío, padeciesen el enorme olvido de tolerar que unos devotos peregrinos que van á adorar sus reliquias, fuesen robados y maltratados por un perro incrédulo como ese Jabalí de las Ardenas, que es peor él solo que todo un ejército de paganos, con las diez tribus de Israel enteras por añadidura.

Por más que, como buen católico, Quintín pusiese una gran confianza en la especial protección de Gaspar, Melchor y Baltasar, no pudo menos de reflexionar qué, como las condesas sólo habían adoptado el título de peregrinas por miras de política mundana, no tenían derecho á esperar que las tomasen en esta ocasión los tres Magos bajo su salvaguardia, y resolvió por consiguiente evitar, en cuanto le fuera posible, ponerlas en una situación en que necesitarían nada menos que la intervención de un milagro.

Sin embargo, con la sencillez de su buena fe, hizo solemne voto de visitar él mismo en persona á los Reyes de Colonia, si estos ilustres personajes, de santa y real memoria, le hacían la gracia de que pudiera llegar á buen puerto con las damas que escoltaba.

Para contraer esta obligación con toda la solemnidad posible, rogó al padre Francisco que le permitiese entrar en una de las capillas laterales del convento; y allí, poniéndose de rodillas, con devoción sincera, ratificó el voto que acababa de hacer en su interior. La voz distante de los frailes que cantaban en el coro, la hora quieta que había escogido para celebrar este acto religioso, el efecto del débil resplandor que esparcía una sola lámpara en aquel pequeño edificio gótico, todo contribuyó á constituir á Durward en ese estado en que el alma reconoce con mayor facilidad la debilidad humana, y

solicita aquel auxilio y protección sobrenatural que ningún culto concede sino al arrepentimiento de lo pasado y á un firme propósito de enmienda para lo sucesivo. Si no se veía puesto en el orden el objeto de su devoción, no era esta la culpa de Quintín; y como sus oraciones fuesen sinceras, debemos pensar que las acogía favorablemente el solo verdadero Dios, que atiende á las intenciones y no á las formas, y á cuyos ojos la franca devoción de un pagano es más estimable que la especiosa hipocresía de un fariseo.

Habiéndose encomendado, sin olvidar á sus desamparadas compañeras, á la protección de los Santos y al cuidado de la Providencia, fuése Quintín á descansar por todo el resto de la noche, dejando al fraile interiormente edificado del fervor y sinceridad de su devoción.

CAPÍTULO XVIII.

La quiromancia.

> Cuando con chistosos cuentos y alegres canciones divertíamos las asperezas del camino y deseábamos que este se prolongase, entonces el camino escabroso volvíase llano y liso, burlando nuestros hechizados pasos, pues todo aquel país estaba encantado.
>
> SAMUEL JOHNSON.

Despuntaba apenas la aurora, cuando Durward, saliendo de su reducida celda, dispertó á los palafreneros, atendiendo con mayor cuidado de lo que acostumbraba á todos los preparativos de la marcha.

Examinó por sí mismo si las bridas, los bocados de los frenos y todos los arneses de los caballos se hallaban en buen estado, como también si estaban corrientes las herraduras, á fin de evitar aquellos inconvenientes hijos de la casualidad que, sin embargo de su poca importancia, no dejan de retardar los viajes é incomodar á los viajantes. Mandó dar el pienso á los caballos en su presencia, á fin de asegurarse de que se hallarían en estado de hacer una buena jornada, ó de redoblar la marcha, si así lo exigían las circunstancias.

Volviéndose entonces á su cuarto, armóse con particular cuidado, y ciñóse su espada, como quien recela un próximo peligro y está firmemente decidido á arrostrarle.

Estos generosos sentimientos, infundiéndole una nobleza en el andar y un aire de dignidad que las señoras de Croye no observaran todavía en él, por más que hubiesen visto con